

Ideal Revista

PUBLICACIÓN ARTÍSTICA SEMANAL

Año II | Valdepeñas 30 de Mayo de 1927 | N.º 22

Administración: Empresa del Cine Ideal

CINE IDEAL

FUNCIÓN DE MODA

el **Martes 31 de Mayo**

A LAS DIEZ Y $\frac{1}{4}$ DE LA NOCHE

PROGRAMA

Proyección de la maravillosa película de la selecta marca PARRAMOUNT, en seis partes,

UNA YANKEE EN LA ARGENTINA

por la exquisita artista predilecta de las señoras

Gloria Swansón y Antonio Moreno

Ideal Revista

Esta publicación se reparte a domicilio gratuitamente.

Se suplica a las personas que deseen recibirla, que se sirvan notificarlo a la Empresa del CINE IDEAL.

No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

CINE IDEAL

Programas a proyectar en funciones sucesivas

Jueves 2 de Junio, Terminación de LA GITANILLA.

Sábado 4, **El Dios de la Selva**
por el célebre caballo ATILA.

Domingo 5, La importante película española (sevillana)

EL PATIO DE LOS NARANJOS

por la célebre REGLITA ASTOLFI

Martes 7, **El Regalo de Boda** marca PARAMOUNT
por BETTY COMPSOM y RAYMOND GRIFFITH

En breve la sorprendente película ESPAÑOLA
de suntuosa presentación

FRIVOLINAS

por MARIA CABALLÉ, ROSITA RODRIGO, EVA STACHINO,
RAMPER y 200 artistas españoles de opereta.



FRIVOLINAS

Sacrificio

Declina la tarde. El Sol poniente dora la crestería de los altos plátanos que, como gigantescos centinelas, guarnecen el paseo que va desde el hotel hasta la casita del guardabosque de la «Bienlabrada», la valiosísima finca de don Javier Heredia, el conocido político y financiero madrileño. Numerosas palomas revolotean por sobre los parques y alamedas, y luego van a posarse en el tejado central de la Casa Granja, muy próxima al hotel. Van retornando las yuntas de labor, los rebaños, la piara, la yeguada, y escuchase la rústica orquestación de las esquilas, de los relinchos, de los balidos, de canturias campesinas y silbos pastoriles, de rodajes por calzadas y apartaderos.

Hay en la atardecida autumnal un encanto de égloga. Pero Lucita Heredia, tras el amplio ventanal del hotel, está ajena a todo, abismada en recónditos pensamientos que ponen opresión de congoja en su garganta y nublado de llanto en sus diáfanas pupilas. Es una vida de quince años precozmente atormentada por los padecimientos físicos y las desolaciones espirituales.

En aquella finca, a donde, por prescripción del célebre tisiólogo que la asiste en Madrid, lleva ya dos años de venir a pasar el Otoño en unión de Pilar, su madrastra, Rosita, la doncella, y Agustina, la vieja sirviente, Lucita Heredia ha visto nacer la más bella ilusión de su vida y ha sufrido el más grande desencanto: se ha enamorado de Luciano Herreros, el joven médico del vecino pueblo de Aleda, que la asiste por indicación del especialista de Madrid, y ha sorprendido al galeno provinciano y a su madrastra haciéndose el amor... ¿Comprendéis ahora su preocupación y su sufrimiento?...

Varias noches ha pasado ya por la inenarrable tortura de oír a su madrastra el falaz pretexto de que va a visitar a un niño del guardabosque, que está enfermo, y verla luego salir, en unión de la doncella, con dirección a la casita del empleado forestal, teatro, sin duda, de su infidelidad.

Desde que el otro día los sorprendió dándose una cita para las diez de la noche en ese sitio, la pobre nena sufre cruelmente... Ante la disyuntiva de callar la descubierta traición, haciéndose así cómplice de ella, o revelarla y provocar un escándalo que tal vez terminara en tragedia, su enfermedad ha adelantado por varios meses, por varios años... Una gran postración invade el cuerpo de la niña. La tos, una tos seca y dolorosa, la atormenta continuamente. El pañuelo retírase a menudo de su boca con manchas rojas...

II

«¡O!», la pérdida, la deslealtad... —recrimina con dolorido acento la enfermita, viendo desde el balcón las siluetas de su madrastra y

la doncella, que se alejan por el paseo hacia la casita del guardabosque—. Ahora vendrá él... Son las nueve y media, y a las diez es la hora de sus citas... ¡Qué malos! ¡Qué locos!—continúa la pobre niña en un tono que tanto tiene de condenadora protesta como de amarga queja.

Esfuérzase por penetrar con su vista la obscura lejanía por donde, en el caballo alazán que suele utilizar para sus visitas, vendrá ahora a la finca Luciano Herreros. Y de pronto, Lucita Heredia lanza una exclamación de sorpresa. Dos puntos vívidos, como dos monstruosas pupilas, han brillado un instante, taladrando la tiniebla nocturna, allá por la carretera. Pasa un rato, y los puntos luminosos vuelven a fulgir, sólo un momento, como para orientarse, ya en la calzada de enlace entre la vía oficial y la avenida de acceso a la «Bienlabrada». No cabe duda: un automóvil viene a la finca subrepticamente. Lucita ha creído reconocer en los dos puntos luminosos los potentes faros del «auto» de su padre. Un pensamiento horrible la asalta y siéntese morir de temor y de ansiedad.

—¡Dios mío!—imagina—Alguien ha informado a mi papá de lo que ocurre y vendrá así para apostarse en las inmediaciones de la casita y sorprender luego a los culpables. ¡Y Luciano que llegará de un momento a otro!... ¡Qué terrible desgracia, Virgen santa!... ¡Un encuentro entre Luciano y papá!... ¡La tragedia!... ¡El escándalo!...

Y la pobre niña, consternada y nerviosa, mira al cielo a través de los cristales y alza las manos, cruzadas fuertemente, en supremo gesto de imploración.

—¡No debe ser, Dios mío, no debe ser!—gime la infeliz, temblando de angustia—. ¡Ah, yo lo evitaré! ¡Saldré al encuentro de Luciano y haré que se vuelva, que no llegue!...

Y sin pensarlo más, animada por una extraña energía que se impone a su natural abatimiento, busca la salida, sin otro abrigo que el ligero echarpe que, sobre la batita de seda malva, cubre sus hombros. Baja rápida la escalera, abre sigilosamente la puerta, para no despertar a la vieja Agustina, que duerme arriba, y sale al campo, dirigiéndose preñosa hacia el camino de Aleda, por el que ha de venir Luciano Herreros.

Aunque sin luna, que ocúltase tras ligero nublado, la noche está relativamente clara. Es a últimos de Octubre y el viento Norte sopla fresco. Animada por la vehemencia de su determinación y el calor de la fiebre que arde en sus venas, Lucita Heredia no siente el frío ni la fatiga. Un obsesionante deseo la impulsa: avanzar, avanzar rápidamente, encontrarse pronto con el médico y evitar la tragedia que se dibuja.

Quedado atrás ya el macizo sombrero de las alamedas de la «Bienlabrada», camina ahora en campo raso, en semitinieblas y en un vasto silencio, sólo turbado por el graznido de algún ave nocti-

vaga y el ladrido de algún perro errabundo o guardián de algún ganado.

Ya un poco más serena, Lucita empieza a darse cuenta de lo arriesgado de su propósito, de la locura del paso que está dando. El miedo y el frío la hacen estremecerse de tiempo en tiempo. Pero el motivo de su resolución préstale nuevos ánimos.

De pronto, un gran ruido de bestias en cabalgada la sobrecoge de terror, e instintivamente trata de ocultarse. Allí a un lado y a pocos metros del camino distínguense los paredones de una casa derruida, y hacia ellos se dirige. Cuando ya va a franquear el boquete de entrada, una nube de sombras chirriantes y voladoras sale de entre las ruinas, envolviendo a Lucita, que queda paralizada por el pavor.

La cabalgada óyese cada vez más cerca. Lucita hace un tremendo esfuerzo de voluntad y penetra en las ruinas. Momentos después un grupo de jinetes, a todo el correr de sus cabalgaduras, cruza por un camino transversal a pocos pasos de donde ocúltase la joven. Son gitanos de alguna labor próxima, o tal vez gitanos cuatreros con el producto de algún abigeato.

—¡Qué miedo, Dios mío, qué miedo!...— musita temblorosa y dando diente con diente la pobre niña—. ¡Ah! Pero con tal que encuentre a Luciano...—y sale nuevamente al camino y continúa andando.

A poco, distínguense un bulto por la calzada y óyese el paso de una caballería que avanza en aquella dirección.

—¿Será él? ¿Será Luciano?... ¡Oh, si fuera un extraño y me encontrara aquí sola, en mitad del campo!... ¡Protégeme, Dios mío!

Apártase un poco a un lado y se acucilla tras una piedra que hay sobre el acirate. Lentamente va precisándose la silueta del caballero viandante, y Lucita exclama, llena de alegría:

—¡Es él, es él! ¡Gracias, Virgen santa!

Pónese en pie y llama.

—¡Luciano!

Es, efectivamente, el médico. Viene envuelto en un amplio capote de campo, quizá más por ocultarse que por el frío que hace. Sorprendido al oírse nombrar y creyendo reconocer aquella voz, desmóntase del caballo y, con gran extrañeza y ansiedad, acérese a la joven, que apenas puede hablar, sacudida por el temblor intenso que conjuntamente le producen el miedo, la fiebre y la emoción.

—Pero ¿as usted, Lucita? ¿Qué ocurre, Dios mío? ¿Qué locura es ésta?

—¡Vuélvase, Luciano, vuélvase!...

—Pero, por Dios, Lucita, ¿qué es lo que ocurre? ¿Por qué encuentro a usted aquí sola, a estas horas y en ese estado de turbación?

—¡Oh!—gime la cuitada—. Usted no sabe... Sin que nadie lo es-

perara, el automóvil de papá ha llegado hace unos momentos con los faros apagados... Debe estar allí escondido, junto a la casita del guardabosque...

Luciano Herreros se estremece ligeramente. Luego balbucea, disimulando su impresión:

—Sí que es eso algo extraño; mas no comprendo...

—¡Vuélvase, Luciano, vuélvase!. —implora aún la nena, dolorosamente agitada por la tos seca e insistente y por los escalofríos de la fiebre, que golpea ahora con fiereza en su pecho y en su cerebro.

—Pero, ¿por qué, Lucita?... ¿Qué tiene de particular que yo venga por aquí a cualquier cosa, a ver a un enfermo...?

—No, no... Si es que yo sabía... Si es que yo... ¡lo sé todo, Luciano!... ¡Qué locos! ¡Qué malos Pilar y usted!—solloza la nena.

No disimula mas el médico.

—¡Oh! ¡Perdón, Lucita!... ¡Perdón, ángel de bondad! —implora con un sincero acento de atrición—. ¡Jamás me perdonaré esta falta! ¡Jamás me perdonaré haberle dado a usted ese disgusto y haberla puesto en este trance!

—Bien, Luciano.. Yo guardaré siempre este secreto... Pero ahora, vuélvase... Yo marcharé en seguida al hotel; a ver si no he sido descubierta.

—¿Dejar a usted marchar sola, en estas circunstancias y en el estado en que se encuentra?... ¡Oh, no cometeré ese nuevo crimen! ¡Permítame que la acompañe, se lo suplico! La dejaré próxima al hotel y retornaré en seguida.

Transige la enfermita.. Teme ir a morir sola en mitad del camino... Relajada ya la tensión nerviosa y anímica que antes la impulsara, se siente desfallecer... Nota el pecho grandemente oprimido; la tos la martiriza; la cabeza parece ir a estallar!e...

Esban a anlar emparejados, llevando el médico su caballo por las bridas. Los escalofríos hacen estremecerse frecuentemente a la desdichada nena.

—Acepte usted mi capote, Lucita. Va usted tiritando—ofrece el médico, haciendo ademán de quitarse la prenda.

—No, no; de ningún modo; no podría anlar.

—Entonces, ¿querrá usted, al menos, cubrirse con la extremidad de él? Acéjelo, Lucita, si no siente reparo de ir junto a mí. Mire que va a coger una pulmonía.

Siéntese la nena morir... La cabeza le zumba como batida por un interno vendaval. De vez en cuando, un vahido, como una sombra falídica, obscurece instantáneamente su razón. El delirio ronda ya en torno de su mente... Como polluelo enfermo en el ala maternal, refúgiase al fin en el vuelo de protector abrigo...

Una vacilación advertida en el paso de la joven hace decir al médico, con afectuoso interés:

—¿Se siente usted peor, Lucita? Apóyese en mi brazo, se lo ruego; como en el de un hermano, como en el de un padre... ¡Cómo siento haberle causado este gran daño!

—Yo lo celebro—susurra débilmente la generosa niña.—Porque se ha evitado uno mucho mayor. .

Y se apoya en el brazo del que tanto le ha herido en su amor naciente de mujer y en su afecto de hija, y luego reclina dulcemente también su cabecita, ya medio desvanecida por la fiebre, sobre el pecho varonil...

Van acercándose a la «Bienlabrada». La luna hace tímidamente su aparición entre los celajes del nublado. De pronto, la figura de un hombre se les pone delante y les interpela con imperiosa voz:

—¿Quién va ahí? ¿Quiénes son los caminantes?

Es la voz severa, impaciente, de don Javier Heredia. Luciano Herreros se estremece ante el grave conflicto que se avecina y trata de cubrir aún más a Lucita. Nada responde; pero su interpelante, que le ha reconocido, dice con acento en donde vibra la tempestad:

—¡Ah! ¿Es usted, Herreros? ¿Quién le acompaña?

La última pregunta suena cortada, rápida y fulgurante, como el relámpago que precede a la chispa destructora. El médico intenta la defensa.

—Perdóneme, don Javier, y serénese. Ya hablaremos...

—¿Quién le acompaña, Herreros? Manifiéstelo, o no respondo de mí—y alza la mano diestra, armada de un revólver.

—¡Yo, papá; yo soy la culpable; disculpa a Herreros!—grita en arranque heroico la enfermita, hurtándose al escudo defensivo del médico.

—¿Pero eres tú... la infiel? ¿Tú, a quien yo creía un ángel desgraciado, pero pleno del candor y de la pureza de los ángeles?

—Sí, papá; yo soy la culpable. ¡Perdóname!

—Bien, desgraciada; sígueme. Y en cuanto a usted, Herreros, ya hablaremos, ya me dará cumplida cuenta de este incalificable abuso de confianza, como médico y como hombre.

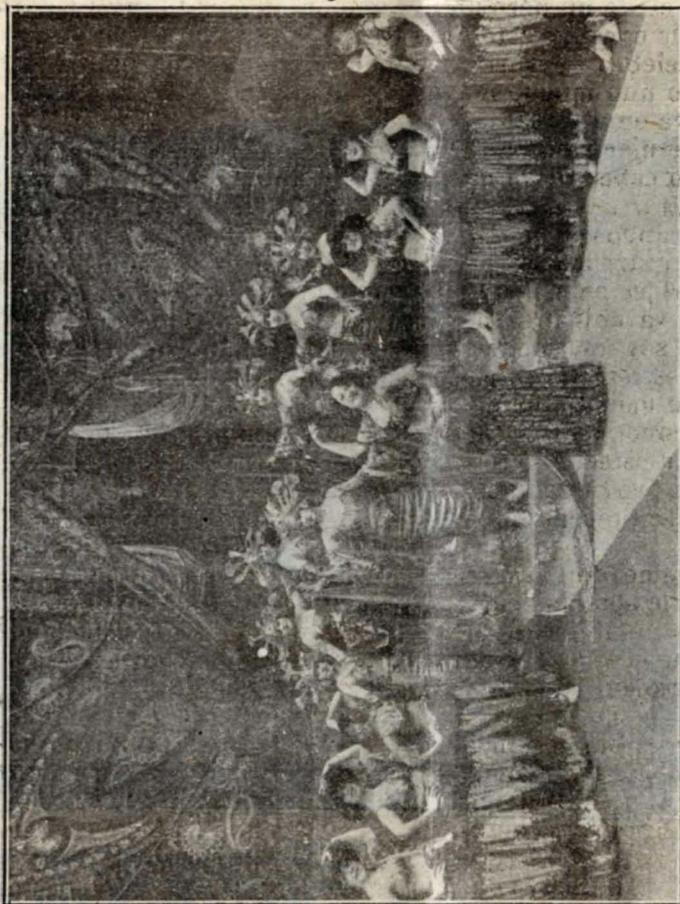
Mientras van alejándose padre e hija, la tos desgarrada de Lucita suena en la noche como un queja punzante y dolorida.

Luciano Herreros, mudo y absorto ante la grandiosidad del sacrificio llevado a cabo por la nena, cree distinguir sobre la figura de ésta un leve y aúreo fulgor, como una aureola de santidad...

EMILIO CORNEJO CAMINERO.

CATALAN Joyería, Relojería y Platería
INMENSO SURTIDO

Pi y Margall, 6, Valdepeñas



FRIYOLINAS

**Muebles de Lujo y Económicos - Artículos
de fantasía para regalos - Servicio de mesa
en cristal fino - Vajillas de Loza**

Emilio González Pérez

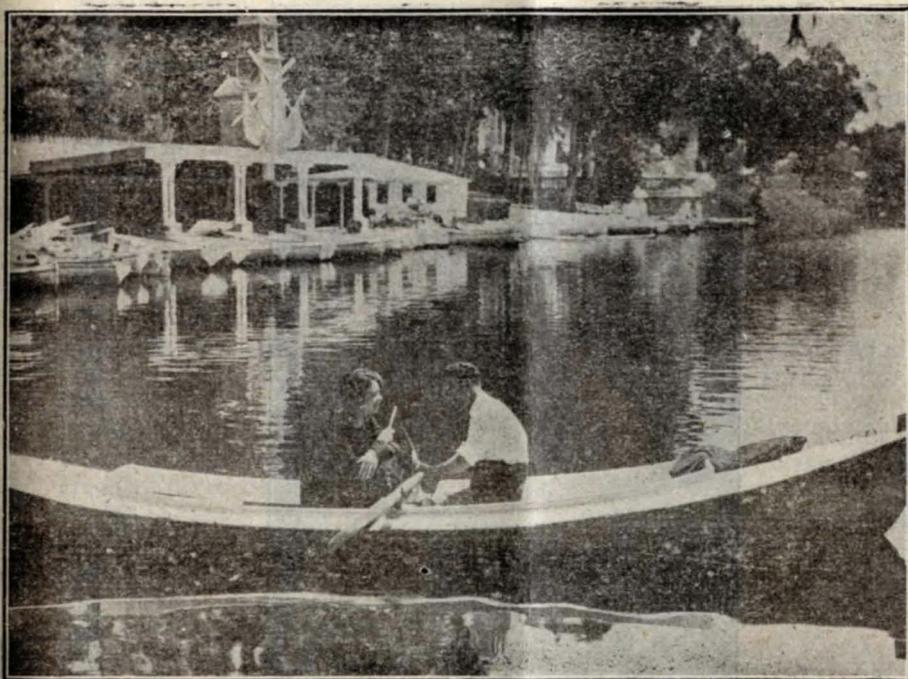
—7, Pí y Margall, 7—

Cromos :: Molduras :: Lunas :: Aparatos para Electricidad



FRIVOLO

Notable película jocosa de gran presentación, verd
 MARÍA CABALLÉ, EVA STACHINO, ROSITA-RO
 vestuario y presentación. Esta película se proyectará en
 por tipos que actuarán



OLINAS

verdadera joya del género frívolo interpretada por
RODRIGO, RAMPER y 200 artistas más con lujoso
rá en el **CINE IDEAL**, acompañada en los cantables
rán en el mismo salón.



Alfredito Hurtado "Pitusín,"

Nuestras entrevistas

D. Alfredo Hurtado

Allá dentro, en la habitación que hay al final del pasillo, se oye el rebotar de una pelota de goma contra la pared y sobre el suelo. Luego, tras corto intervalo, el juguete, corredor adelante, ha llegado a nuestros piés. Detrás de él —despeinada la negra melena, sudoroso, jadeante— viene su dueño: Pitúsín, el admirable artista niño, con su cara de pilluelo y sus tres palmos de estatura.

Las manos en los bolsillos del pyjama, se ha quedado mirándonos sorprendido; sorpresa que se acentúa cuando le preguntamos muy ceremoniosos.

—Don Alfredo Hurtado...?

Vacila unos momentos y contesta:

—No, señor: Pitúsín o lo más, lo más, Alfredo.

—Entonces perdone, caballero. Me he debido confundir de piso..

Y echamos a andar. Pero nuestro hombre nos coje de la americana, diciendo:

—Espere... No se vaya tan de prisa: don Alfredo Hurtado... soy yo—. Y, tras corresponder con otra a nuestra reverencia, nos invita:—Haga el favor de tomar asiento.

Lo hacemos frente a él, al lado de su mamá que, sonriente, asiste a la escena. Comenzamos a hablar con el gran Pitúsín de su producción cinematográfica.

—No me hable usted nos dice—de mi primera película. ¡Con lo contento que yo estaba!; pero ..

—¿Qué ocurrió, don Alfredo?

Sonríe ante el tratamiento y guiña a su madre los ojos llenos de vivacidad y de picardía.

—Pues ocurrió —dice después muy serio— que cuando pasaron la prueba de «La buenaventura de Pitúsín»... pues...—Se queda mirando a su mamá, pidiéndola auxilio para salir del atolladero y como aquella se calle, resume—: Nada, que no se estrenó —y tras breve pausa, como para consigo mismo, agrega—: ¡Y no estaba yo mal, no...! Verá usted la propaganda que se hizo.

Se levanta de su butaca y de sobre una mesa trae un lujoso álbum en cuyas hojas, pegadas cuidadosamente, están las gacetillas, los sueltos, los artículos que la prensa entera ha dedicado a la labor estupenda del «Chiquilín español». Y uno de tales escritos—un juicio de «La buenaventura» antes de su estreno—nos explica lo que Alfredito calló. El cual con su nerviosidad extraordinaria, sigue hablando.

—Después hice «La revoltosa», luego «Los granujas», a continuación...

—¿Cuántas películas—le interrumpimos—llevas hechas?

Pitusín se echa a reír complacido:

—¡Hombre, gracias a Dios que me tutea usted! Estaba tan serio...

—Naturalmente. Ya eres un hombrecillo. Con tus trece años...

En la carita redonda del chiquillo se refleja un gran asombro. Atónito, mira a su madre y a nosotros, alternativamente, sin hablar. Al fin, dice:

—¡Yo que voy a tener trece años! ¡Si tengo ocho...!

—¡Adios, Madrid! —decimos, echándonos a reír—: ¿Pero también te quitas tú años como las muchachas?

—¿Yo...?—Queda pensativo, buscando la fórmula que nos demuestre la verdadera edad—. Usted sabe que yo rodé—nos dice luego—la primera película cuando tenía cuatro años...

Pero de pronto su rostro se ilumina: ha hallado la solución. Y se echa a reír poniendo ante nuestros ojos la mella que ocasionó la caída de un diente. Y, asomando la punta de la lengua por aquel hueco, nos guiña un ojo. Después radiante, nos reta:

—¡Dígame ahora que no tengo ocho años! Yo, aquí enseño las pruebas.

No hay más remedio que echarse a reír. Hay que soltar la carcajada ante la picardía, la vivacidad, la soltura del precioso muñeco que arma una revolución, un desbordamiento de entusiasmo cada vez que aparece en la pantalla.

Aplacados los ánimos, todo lo serios que podemos estar ante Alfredo, preguntamos:

—¿En qué película te gustas más?

—De las nueve que tengo hechas, en «El lazarillo del Tormes». Luego en «El pilluelo de Madrid» o en «Malvaloca», no sé.

—¿Y de los demás actores, cuál prefieres?

Responde sin vacilar:

—Carmen Viance. Es mi mejor amiga y la mejor artista de cine que hay en España. Carmen Viance es a la que yo más quiero, a la que...

—¡Oye, oye...! —le atajamos—. Que me parece que es mucha Carmen Viance... Yo creo que tú estás enamorado de ella.

Se echa a reír y contesta:

—No, señor. Es decir, no sé...

Y toda la gracia, toda la simpatía que puede tener un gesto pícaro, la atesora el que nos hace Pitusín, que luego, muy sonriente, agrega:

—Yo quiero y admiró a Carmen mucho porque...

Se interrumpe, sin saber cómo concluir. Y, tras mirarnos unos instantes, disimula bailando unos pasos de charleston, sin hacer caso de las protestas de su mamá.

—Bueno, mira, déjate de charlestones y dime por qué quieres tú tanto a Carmen Viance.

—¡Cá, no señor, que lo vá a contar usted! ¿Verdad mamá?

—Hombre si tú le adviertes al señor que no diga nada...

—Lo dice lo mismo. Tiene cara de malo.

—Igual que tú.

—No... —Cesa de bailar de repente y acércase a nosotros para preguntarnos—: ¿Vas a contar lo que te diga?

—¡Chiquillo! —exclama su mamá—. ¿Pero qué confianzas son esas? Queda suspenso el famoso Pitusín; pero como nos ve sonreír, dice riéndose él también:

—Si es que como vamos a ser buenos amigos. ¿O tú no quieres ser amigo de Pitusín?

—Si, hombre. ¡Ya lo creo...! Pero, mira, al grano: cuéntame eso...

—¡Ah! Pues verás: Carmen Viance ..

Dí mi palabra de honor a Alfredito de que nada diría de su confidencia. Y la cumplo. Pero no puedo dejar de advertir que nadie razonaría más lógica y más valientemente que el «Chiquilín español».

—...Por todo eso. Además, es tan buena, tan cariñosa...—termina.

—De acuerdo, si señor—asentimos nosotros.

—¡Choca esos cinco! Y ahora .. ¡ni una palabra de todo esto!

—¿Oye y «Chiquilín», qué te parece?

Hace con los dedos una piña que besa para manifestar su admiración. Luego, la corrobora diciendo:

—Muy bueno, muy bueno. En «¡Viva el Rey!» sobre todo, está estupendo.

—Ni una palabra, Pitusín.

Sacamos la pitillera y le ofrecemos un pitillo.

—¿Son de chocolate? ¿No...? Entonces, no quiero—y después de unos instantes de silencio, lamenta—: Es lástima que no sean de chocolate...

—¿Tanto te gustan los dulces?

—¡Hombre, claro! A mi lo primero, el cine; luego, los bombones y después mi gramófono

—Entonces, no tendrás nunca dinero.

Se sienta en un brazo del sillón en que estamos sentados y nos dice al oído:

—¡Tengo dos pesetas con noventa! Además, mamá me debe una peseta y Antonio cuatro perras: ¡Figúrate!

—¿Bueno, y ahora no trabajas?

—En el cine, no. Creo que me van a contratar para hacer un papel muy grande, como a mi me gustan. Y rodaremos la película en París.

—¿Entonces has estado descansando mucho tiempo, no?

—¡Quita de ahí! Apenas hace un mes he estado en Sevilla haciendo una escena en «La tierra del Sol», esa película que ha hecho Antonio Moreno. Es muy poquito trabajo; pero tuve que estar allí unos cuantos días—. Hace un mohín de disgusto y agrega: —¡Me aburrí más...!

—¿Por qué?

—Yo que sé. Sin embargo en Granada que estuve tres meses trabajando me divertí muchísimo.

—¡Claro!—interviene su mamá—. Porque todos los días ibas al cine.

—¿Y aquí, no vas?

—Sí, pero no todos los días. No tengo con quien ir. Mamá no puede acompañarme siempre...

Nos ofrecemos a nuestro simpático amigo:

—Si no es más que eso, yo te acompaño. ¿Cuándo quieres que te lleve?

Palmorea jubiloso el pequeño Alfredo que hace unas piruetas. Luego, señala fecha:

—El jueves. A un cine que ponga películas cómicas.

—¿O quieres ir al teatro?

Hace un gesto de horrorosa protesta:

—¡Cá...! No, no me mires así. El teatro no me gusta nada. ¿Sabes por qué? Porque no veo adónde van los que salen del escenario...

Carcajada estruendosa. El, sin inmutarse, explica, cuando logra hacerse oír:

—Sí, señor. En el cine, sale de un sitio un hombre y se le vé llegar a otro. En el teatro, no. Y... prefiero quedarme en casa dibujando.

—¿Pero tú dibujas?

Finge un gesto de profundo desdén:

—Mamá, y que si dibujo... ¡Vamos! Mira...

Examinamos los dibujos que nos enseña: piernas de mujer, con sus medias transparentes y sus ligas lujosas.

—¡Pero Pitusín...!

—¡Nada, hombre, nada...! Ahí tienes. Cuando hagas tú algo así, te pasas por aquí...

—Hasta entonces, pues...

Nos guiña un ojo, sonríe y cuando agachados colocamos nuestro oído cerca de su boca, dice:

—No: hasta el jueves. Y fuma cigarros de chocolate: son mejores.

Nos despedimos luego del niño artista todo gracia, simpatía, cordialidad... Y, más tarde, ante las cuartillas, no encontramos adjetivos que califiquen debidamente su labor admirable.

GUSTAVO DEL BARCO Y CABEZAS.

Madrid-Mayo-927.

(Prohibida la reproducción.)

LINOLEUM NACIONAL
PISOS ELEGANTES PARA LA CASA MODERNA
Hijo de Francisco Alarcón—Castellanos, 6
(Estereria) Valdepeñas

NOTICIAS

El jueves 26 celebró la primera comunión el niño Dieguito Martínez de Carneros y Necedal.

—Se encuentra entre nosotros la simpática señorita Carmela Ruiz, sobrina de nuestro digno alcalde don Manuel Puebla, que viene a pasar el verano al lado de sus tíos.

—Ha salido para Almuradiel nuestro querido compañero de Redacción don Antonio Merlo Delgado acompañado de su esposa y simpática prima Lolita García Rojo.

—De sus posesiones de Consolación han regresado los señores de Barba acompañados de su simpática hija Lolita.

—De Venta de Cárdenas, después de pasar, unos días, ha llegado don Gustavo del Barco.

—De Venta de Cárdenas, ha regresado nuestro digno secretario, D. Luis Caminero, acompañado de su distinguida esposa e hijos María, Luis y Esperanza.

—Ha regresado de Almuradiel, después de pasar unos días con sus amigas las señoritas de Rojo, la señorita Amparo del Barco.

—Después de pasar unos días en Venta de Cárdenas, ha regresado el jefe de Telégrafos, D. Alvaro Llopis y bella esposa Anita.

—Se encuentra enferma doña Dolores López Córdoba, viuda de Valdelomar.

—Hemos tenido el gusto de saludar en nuestra redacción al inteligente director cinematográfico don Arturo Carballo, que ha visitado esta plaza con objeto de ultimar los detalles para la presentación de su notable película Frivolinas. El señor Carballo, excelente director escénico, ha acertado a producir una nueva modalidad en la película, creando el género amensísimo de la *revista jocosa cinematográfica*, cuya primera producción, Frivolinas, ha tenido un éxito nunca igualado en la película española. Como empresario, el señor Carballo, ha sabido sacrificar en su obra todo el dinero que requería y tanto las hermosas mujeres que lucen su belleza en ella, como los suntuosos vestidos que las engalanan, se apartan por completo del mísero aspecto que viene gravando nuestra producción nacional. Tan distinguido huésped, ha salido complacidísimo de Valdepeñas y ha ofrecido esmerarse especialmente en la presentación del acompañamiento de tipos que ilustran la proyección. Esperamos que el éxito que en todas partes le acompaña, sea superado en nuestro pueblo.

—Recibimos una atenta carta en que los bravos soldados que a continuación se detallan, solicitan de nuestras bellas y caritativas

mujeres su generosa adopción como ahijados de guerra. Nos complace acceder a su ruego, enviando a tan animosos jóvenes nuestro cordial saludo.

Cabos: Antonio Alfaro Echevarría, Luis Herrero Mariño, José Egler, Miguel Rodríguez Muñoz y Victoriano Merlo Maroto.

Soldados: Tomás Ruiz Sánchez, Ramón Juliá Yarcía, Federico Rodríguez Piñero, Tomás Alonso Arce y Manuel Martín Alcaide.

Compañía Expedicionaria Cádiz número 67, Ceuta.

—El martes se celebró la función de moda en el Cine Ideal proyectándose la película de la marca Artistas Asociados «La Novela de una noche» por la admirada artista Constance Talmadge.

Asistieron las señoritas Pepita Rodríguez, María Antonia Martín Peñasco, María Lozano, Carmen Calvo, Lolita Rodero, Rafaelita y Dolores Pedrero, Carmen Corrales, Caridad Merlo, Eulalia Ruiz, Fé Jiménez, Aurelia Villalva y Guadalupe García.

Señoras viuda de Martín Peñasco, de don Victoriano Martín, don Francisco Morales, don Federico Calabria, don Emilio González, don Francisco Puche y de don Pedro García.

—Víctima de un trágico accidente, ha fallecido en Madrid, el día 24 del actual, don Juan Caravantes Caminero.

Sus claras dotes de prudencia, de inteligencia y de trabajo, hicieron de su nombre garantía de acierto; y, aunque enemigo de exhibiciones, que jamás buscó, su modestia tuvo que ceder muchas veces al llamamiento de sus amigos y de entidades privadas y públicas que vieron en su ayuda una eficaz colaboración: en la actualidad, pertenecía a la Directiva del Círculo Vinícola, al Consejo de Administración del Banco Manchego y a la Diputación Provincial.

El entierro, verificado en esta población, ha sido un elocuente testimonio de las simpatías y de los afectos de que gozó nuestro paisano en todas las clases de la sociedad.

El duelo estuvo presidido por los representantes del ilustrísimo señor Gobernador y de la Diputación Provincial; por el alcalde y tenientes de alcalde de nuestro excelentísimo Ayuntamiento; seguían las comitivas de las entidades Banco Manchego y Círculo Vinícola; y, finalmente, la familia.

El público se desbordó por las calles próximas a la casa en que vivió el finado y acompañó al cadáver en numerosa manifestación.

A la señora viuda y a toda la familia, envía IDEAL REVISTA, desde estas páginas, su sentido pésame.

Revisado por la censura.

Farmacia Moderna

DE

A. NOCEDAL

Escurpulosidad y esmero en el despacho y confección de recetas.

Dosificación exacta.

Agua oxigenada NOCEDAL.

Específicos Extranjeros y del País.

Vendas, Gasas, Algodones, Bragueros, etc.

Seis de Junio, 20

Teléfono 105

L'UNION

Compañía Francesa de Seguros contra incendios, robo, vida y accidentes

98 AÑOS DE EXISTENCIA

Subdirector para la provincia de Ciudad Real

D. Enrique Penot Donado-Valdepeñas

ROYAL

Agente: Cecilio López-Tello

CATALAN

Optometrista

Gabinete de Optica

Graduación de la vista gratis, por procedimientos Ultra-modernos.

Se despachan recetas de los señores Oculistas.

PÍ Y MARGALL, 6, VALDEPEÑAS

COLEGIO

Institución Moderna

BACHILLERATO

Escuela graduada, con sección de Párvulos

Carreras especiales

Único Colegio, en Valdepeñas,
incorporado oficialmente
al Instituto de Ciudad Real

Imp. de Mendoza. Valdepeñas.